

## La siesta mágica

Dora Batistton

En un pueblo muy lejano, muy lejano, vivía un chico llamado Mario. Tenía los ojos grandes de tanto que le gustaba mirar las cosas, y a veces era como si los ojos se le quedaran pegados a las cosas que miraba, y entonces no los podía despegar ni tampoco cerrar. Por eso, a Mario le parecía difícil dormir: de noche no importaba tanto, porque estaba oscuro y era mejor cerrar los párpados y esperar que vinieran los sueños con colores; pero a la hora de la siesta Mario no podía dormir. Los ojos se le iban por las paredes, por el techo, bajaban a la mesa y a la ventana... En la ventana se veían los colores del día, el cielo y el jardín... Y Mario sentía que los colores de afuera le hacían señas, lo llamaban a jugar y a mirar. Nadie entendía el problema. Por eso él pensaba que algún día iba a saltar por la ventana y se iba a escapar para volver recién cuando terminara la hora de la siesta.

Y un día Mario se animó. Eran las dos de la tarde. Afuera estaban todas las cosas de verano, los ruidos, los olores, el color. Su mamá dormía. Mario saltó por la ventana muy despacio, pasó por el jardín en puntas de pie, y después salió a la calle. La calle era de tierra, y como soplaba el viento, la tierra se levantaba formando una nube de polvo. Mario caminó lentamente hasta la esquina, pero después se sintió libre y empezó a correr. Miraba para los costados, pero no había nadie, nadie. Estaba solo porque todos dormían la siesta. Se sentía feliz y sabía que podía correr muchísimo tiempo sin cansarse. Arriba se estaban formando algunas nubes de tormenta, pero pasaban rápido y no tapaban el sol.

Mario pasó por la heladería y vio que estaba cerrada. Y esto le pareció raro porque él creía que en las heladerías no había hora de la siesta y que los heladeros no dormían jamás. Cruzó la plaza caminando como un hombre, serio, derecho. Dio toda la vuelta a la plaza poniendo la misma cara que ponía su papá cuando iba caminando y pensando. Mario también pensaba. Pensaba que era el único chico que se había animado a escaparse a esa hora, y que a lo mejor había grandes peligros para él.

Después de un rato tuvo ganas de hamacarse y se fue para los juegos. Empezó a hamacarse solo, cada vez más fuerte y más alto.

–Si alguno me empujara iría más alto –decía.

Entonces vio cómo desde atrás de unas plantas salía un viejito vestido de azul, con lentes que brillaban al sol, y venía directamente para los juegos.

-Lo conozco- dijo Mario-, es el relojero. Y le preguntó.

-Relojero, ¿qué hora es?

-Las dos y media- dijo el viejito, y empezó a cantar; pero no se le entendía muy bien. A lo mejor cantaba en otro idioma. Y le hacía señas a Mario, como para decirle que él iba a hamacarlo mucho más alto. Mario pensó: “Él no duerme la siesta porque entonces los relojes se paran”. Y el relojero lo hamacó sin dejar de cantar.

Mario sentía que iba tan alto, tan alto que ya veía los árboles desde arriba. Y de pronto la hamaca lo tiró. Mario estaba en el aire y pensó que iba a caer. Pero no se caía sino que iba volando, volando como un pájaro o una bala. No sentía miedo: sentía asombro porque sin caerse iba pasando por arriba de la iglesia, de las casas más altas, de las copas de los árboles.

Y así estuvo durante un rato, hasta que apareció en el aire una gran Pompa de jabón celeste. La Pompa Voladora se le acercó, y justo cuando Mario estaba por tocarla para ver si explotaba, se abrió y lo tragó. Mario quedó encerrado en ese redondel. Y veía todo azulado, porque las paredes de la Pompa eran de cristal azul.

Ahora volaba a gran altura. Suavemente, cruzó todo el pueblo, y después otros pueblos, y el campo amarillo y la laguna verde, y otros pueblos más. Todo se veía cada vez más chiquito, hasta que no se vio nada más que cielo y más cielo arriba y abajo y alrededor... Mario se sentía algo intranquilo: “Esto no se puede manejar”, pensó.

-Pero seguro que volvemos después de un rato más de vuelo, y total tengo tiempo porque la siesta es larga- dijo en voz alta para tranquilizarse.

De pronto, Mario se dio cuenta de que la Pompa estaba bajando... Primero creyó que era en la misma plaza del pueblo, pero no. Bajaban en otro lugar muy distinto. Mario supo en seguida que era distinto por la cantidad de colores que se veían aquí y por la música que se oía como saliendo de todas partes. La Pompa tocó tierra y se abrió para que Mario saliera. Después se cerró otra vez y empezó a subir silenciosamente hasta una altura y allí se quedó quieta, como un globo azul.

Mario estaba completamente asombrado. Los ojos los tenía más grandes que nunca, porque nunca había tenido tanto para mirar y mirar. Los colores eran maravillosos, las formas de todas las cosas eran enormes, gigantescas... Se acordó del Mundo de los Gigantes, que era un cuento que le había contado su mamá una vez. Y mientras pensaba, Mario empezó a caminar. El suelo era verde oscuro y muy blando. “Todo de hojas”, pensó Mario. Era como una alfombra que se movía abajo de sus pies. Y cuando él pisaba más fuerte, saltaban unos pequeños animalitos que iban a esconderse en seguida. Y también salía música del suelo...

Pero Mario no miraba demasiado el suelo, porque había descubierto, arriba, una gran montaña, y cerca del pico de esta montaña, unas nubes como de miel y de crema.

Mario se imaginó inmensos helados, y suspiró. De pronto, sintió que algo le rozaba la oreja, y una voz delicada que decía:

-Helado de crema y lluvia de miel, a las tres y media de la tarde...

Y vio una gran Flor Amarilla que movía los pétalos como una boca y decía:

-Soy yo, soy yo...

-Aquí hablan las flores –dijo Mario despacito. Y después se animó a preguntar:

-¿Hablan las flores?

-Solamente las Amarillas –le contestó la Flor. Una Flor Amarilla cada treinta pasos de chico.

-¿Y las otras flores? –dijo Mario.

-Las otras son para acompañar a las Plantas Musicales –respondió la Flor.

-Pero, ¿la música sale de las plantas? –preguntó Mario cada vez más asombrado.

-¿Y no ves? –dijo la Flor.

Entonces Mario se dio cuenta de que las plantas eran gigantescas, tenían las hojas casi pegadas a la tierra y las flores en un tallo muy alto. Y las hojas y las flores se movían de una manera especial, al compás, y de ahí salía la música. Las hojas golpeaban la tierra con sonidos fuertes, y las flores hacían, allá arriba, unos sonidos suaves y melodiosos... Pero Mario oía también una especie de canto, que no venía de las plantas, y le preguntó a la Flor qué era ese canto.

-Son los Grillos Cantores –dijo Flor, orgullosamente. Después se quedó un momento silenciosa, y agregó: -Si dejan de cantar los Grillos, se despierta el corazón de las Miraguas, y entonces, ¡oh! –y la Flor se calló y tembló.

-¿Qué Miraguas? –dijo Mario, que había escuchado atentamente. La Flor no contestó.

Mario empezó a caminar sin saber adónde ir primero. Pero en ese momento la nube de crema estaba justo delante de su cabeza, y Mario hizo la prueba de tocarla: Estaba fría, ¡era helado de crema!... Mario comió de la nube todo lo que quiso, y siempre había helado, y la nube era siempre grande y estaba a su disposición. “¡Me quedo para siempre!” –pensaba Mario. Un poco más adelante, la nube de miel se deshacía despacito y caía una lluvia transparente y exquisita. Mario apenas probó, porque ya había comido mucho helado, y se propuso pasar por ahí a la vuelta, para seguir con la miel.

-Ahora tengo que investigar –dijo Mario-, porque se ven cosas muy raras por todas partes.

Sin darse cuenta, estaba otra vez al lado de una Flor Amarilla, porque estas flores estaban cada treinta pasos de chico. Y la Flor le dijo con su boca de pétalos:

-Recién a las seis vuelven las lluvias que alimentan...

-Para esa hora yo ya no voy a estar –dijo Mario con lástima-, porque tengo que volver antes de que termine la siesta.

-La siesta no termina nunca –contestó enojada la Flor. Pero Mario le discutió:

-Después de la siesta viene la tarde, y después la noche.

-No, no y no... Todo eso, la mañana, la tarde y la noche, forman la siesta –protestó la Flor, moviendo mucho los pétalos.

-No entienden las flores –dijo Mario, muy serio y bajando la cabeza. Después, para cambiar de conversación, Mario dijo: -¿Hace mucho calor, no?... –La Flor seguía ofendida y no contestaba. –Mucho calor –repitió Mario con voz más fuerte.

-Hasta la noche, que no se apague el Volcán –comentó la Flor.

-¿El volcán? –preguntó Mario interesado.

-El Volcán del Calor –dijo la Flor, mientras hacía un movimiento con la corola (que es la cabeza de las flores) señalando la montaña.

-El calor viene del sol –dijo Mario, que sabía muy bien ciertas cosas. Pero la Flor movió la boca para reírse, y se reía, y se reía sin contestar a ninguna de las preguntas de Mario. Entonces él se enojó y se fue, diciendo muy bajito que parecían bastante tontas esas flores. Pero cuando Mario miró bien el cielo, no encontró al sol. Y pensó: “Otra cosa rara, no hay sol...”

Mario caminó otro rato, y cada vez que veía una Flor Amarilla, pasaba de largo, sin preguntar. Ellas lo llamaban, pero él no hacía caso. Mario andaba buscando un río para meterse en el agua y nadar un rato, como hacía siempre en el pueblo. Pero no encontraba ningún río. A lo lejos se veía una franja color azul, y pensó que podía ser algún lago, pero estaba tan lejos... Se decidió a preguntar a la Flor que tenía al lado:

-¿Hay algún río?-. Y ella le contestó amablemente.

-Los Ríos de Caramelo, pero son de las Abejas Dulces, y de nadie más...

-¿Se bañan ahí? –preguntó Mario con timidez.

-Comen, para hacer las Nubes de Miel –dijo la Flor con un poco de tristeza.

-Ah... -dijo Mario, y se quedó un momento callado mirando a la Flor, porque ésta le había parecido más simpática que las otras. Y le preguntó después: -¿Y aquello azul, es un lago?

-¿Aquello? –dijo la Flor con alegría- ¡Eso sí es agua, agua fresca y azul!

-¿Y ahí puedo nadar? –volvió a preguntar él-

-Sí, por supuesto –contestó la Flor-. Pero mucho cuidado con los esqueletos de las Miraguas... ¡Mucho cuidado!

-¡Otra vez las Miraguas! –dijo Mario, que se acordó de que la primera Flor también le había hablado de las Miraguas- ¿Y qué son? –preguntó suavemente, para que esta Flor no se enojara y le respondiera.

-Ellas tienen que mirar el agua todo el tiempo, para que el agua no desaparezca, porque si ellas no miran el agua y el agua desaparece, ¡ay!... –dijo la Flor, con un gesto como de dolor y miedo. Mario le acarició la corola, es decir, la cabeza. Y ella dijo después: -Gracias, gracias. Las Miraguas miran el agua con sus ojos de espejo –ahora la Flor estaba cantando con los pétalos de la boca-... ¡Con sus ojos de espejoooo! –cantaba la Flor cada vez más fuerte, al compás de las Plantas Musicales y de los Grillos Cantores, que sonaban continuamente. Entonces Mario preguntó si las Miraguas no dormían. Y la Flor dijo que cuando venía el Viento Negro y se hacía la noche, las Miraguas con sus ojos de espejo reflejaban el agua negra, y entonces era como si durmieran, pero jamás de los jamases cerraban los ojos, porque entonces, ¡ay!. Y la Flor volvía a temblar y a llorar. Mario esperó que se calmara, y la Flor siguió cantando: -¡Las Miraguas miran el agua con sus ojos de espejoooo, y los Grillos Cantores les duermen el corazónooooon...!

-¿Y para qué les duermen el corazón? –preguntó Mario.

-Para que no se distraigan y miren para otro lado. Los que tienen el corazón despierto pueden mirar para cualquier lado –contestó tranquilamente la Flor.

-¿Entonces los Grillos no pueden dejar de cantar nunca? –se animó a preguntar Mario.

-¡Nunca, nunca! –gritó la Flor- ¡Los Grillos tienen que mantener al mundo!...

Y Mario se alejó pensando qué raro era ese mundo donde todos tenían que estar haciendo siempre lo mismo, y las Flores sufrían tanto y los ríos eran de Caramelo. Mario iba para el lago porque quería bañarse y conocer también las famosas Miraguas. Y de pronto se detuvo, porque vio en el suelo unas grandes sombras, y vio que a bastante altura había unos pájaros gigantescos que volaban uno detrás de otro como formando una ronda.

-¡Qué pájaros! –gritó Mario. Y gritó tan fuerte que una Flor Amarilla lo escuchó y le contestó también gritando:

-¡Son los Girontes!

-¿Los qué? –volvió a gritar Mario, que ya estaba casi aturdido de tantas cosas extrañas.

-¡Los Girontes que hacen los vientos! –dijo la Flor.

Mario tuvo que cerrar los ojos, porque el vuelo rápido de los Girontes lo mareaba. Y caminó un ratito con los ojos cerrados, hasta que se alejó de esos enormes y terribles

pájaros del viento. Antes de que Mario preguntara, la Flor que estaba cerca le dijo muy entusiasmada:

-Los Girontes hacen los Vientos Multicolores, y los Vientos Multicolores hacen el día...

-El día lo hace el sol –dijo Mario muy cansado, interrumpiendo a la Flor. Pero la Flor, de tan entusiasmada que estaba no lo oía, seguía diciendo:

-Los Vientos Multicolores hacen el día, hasta que viene el Viento Negro que apaga el Volcán del Calor y hace derretir los colores, y hace la noche negra de todos los peligros... Pero como los Girontes no duermen y siempre están girando, vuelven a hacer Vientos de Colores que vienen con más fuerza y sacan al Viento Negro y es otra vez de día.

-¡Basta, basta! -decía Mario tapándose la cara con las manos. Ya estaba cansado y empezaba a sentir ganas de volver... -No importa –dijo-, primero me baño y después busco a la Pompa Celeste que me trajo, y... -Iba hablando solo y cruzó sin darse cuenta por un Río de Caramelo lleno de Abejas Dulces. Las Plantas Musicales sonaron un poco más fuerte y dos Flores Amarillas cantaron juntas:

-¡A las cinco y media llegan las Mariposas del Perfume, las Mariposas, las Maripooosaaas...!

-¡Qué mundo raro! –le gritó Mario a las Flores, pero ellas no le dieron importancia porque estaban contentas esperando a las Mariposas. Al rato, todo se llenó de Mariposas que pasaron velozmente, dejando un hermoso perfume. Y las Flores abrieron las corolas todo lo que podían para aspirarlo.

Mario pensaba: “Las cinco y media, qué tarde, tendría que volver...” Pero era tan lindo caminar entre el perfume nuevo y sobre ese suelo tan suave que se hundía, y esperar la lluvia de helado que vendría en seguida...

Ya había recorrido un largo trecho, cuando empezaron a caer las lluvias de miel, y otra nube de crema bajó para que él comiera. Mario estaba entretenido con el helado y descansaba sentado en el piso verde. Después levantó los ojos y vio como unas estatuas blancas; eran muchas y eran inmensas; estaban una al lado de la otra frente al agua azul. Mario caminó hacia las estatuas, y de golpe sintió que estaba pisando algo como papeles secos que se rompían bajo sus zapatos y levantaban un polvito blanco.

-¡Cuidado con los esqueletos de las Miraguas! –gritó una Flor.

Mario miró los esqueletos y caminó cuidadosamente por un caminito verde, para no pisarlos más. Esto era así: Había un caminito verde y un caminito de esqueleto, otro caminito verde y otros de esqueleto... Y cada caminito de esqueletos conducía a una de las Miraguas. Mario se dio cuenta de las Miraguas eran esos animales que le habían parecido estatuas porque estaban sin moverse mirando el agua. Cuando una Miragua sentía que iba a morir, tenía un hijito y lo ponía en su lugar para que siguiera mirando el agua.

Después, la Miragua vieja se moría y quedaba el esqueleto atrás. Y así había quedado un camino formado por todos los esqueletos de las Miraguas antiguas.

Mario llegó hasta estos animales tan enormes y quietos y les miró los ojos de espejo. Después se bañó en el lago y nadó un rato.

Cuando estaba nadando, sintió que la música de las Plantas se hacía mucho más fuerte y que los Grillos cantaban con toda la voz. Muchos pájaros y mariposas pequeños volaron por encima de la cabeza de Mario, corriendo a esconderse. Y las Flores Amarillas de la orilla gritaban:

-¡Viene el Viento Negro! ¡Viene el Viento Negro! –Y todos corrían y saltaban con miedo y apurados -¡Que se apaga el Volcán y viene el frío!... ¡A las Cuevas, todos a las Cuevas-Madres!

Todo esto gritaban las Flores en medio del gran Viento que soplaba y que iba apagando los colores. Mario salió del agua y se puso la ropa, y empezó también a correr. Porque sintió miedo y estaba muy confundido. Los animalitos lo atropellaban y casi se cayó. Miró a lo lejos y vio que los grandísimos Girontes volaban cada vez más rápido en la oscuridad que venía. Solamente las Miraguas, con sus orejas blancas y su corazón dormido, estaban quietas como siempre. Mario empezó a sentirse desesperado. Las hojas de las Plantas golpeaban el piso como tambores, muy, muy fuerte, y los Grillos Cantores cantaban con mucho poder.

Mario alcanzó a hablar con una Flor Amarilla antes de que ella se escondiera bajo la tierra:

-¡Por favor, por favor! –dijo Mario- ¿Dónde puedo esconderme yo también, Flor?

-En la Cueva-Madre –dijo la Flor, y desapareció.

Mario se preguntaba qué cosa era una Cueva-Madre, y pensaba que nunca podría encontrar algo así. Estaba por llorar, pero fue valiente y no lloró. Y entonces miró al cielo y vio que salían las Dos Lunas, subiendo juntas y mandando mucha luz blanca sobre el mundo... Mario se tranquilizó un poco y observó alrededor. Brillaban mucho los esqueletos de las Miraguas. Era lo que más brillaba. “A lo mejor de frente también les brillan los ojos que son de espejo” –pensaba Mario. Después vio pasar por debajo de las Lunas unas grandes nubes de helado, porque como de noche se apagaba el Volcán del Calor, se formaban las nubes en el frío.

-Yo también tengo mucho frío –dijo Mario, para ver si alguna Flor lo oía y salía a contestarle. –Y quisiera estar en mi casa y en mi cama –dijo después muy triste.

Solamente se movían las Plantas Musicales, y los Girontes, muy lejos, a la luz de las Dos Lunas. Pero de golpe, frente a los ojos de Mario, una gran piedra que estaba entre las Plantas se abrió, como si fuera una casa grande donde aparecía una puerta. Y en esa

puerta había unos Bichos de Luz gigantes, que iluminaban con colores plateados. Estos Bichos tenían unas alas de gasa negra. Y como el Viento de la noche les hacía flotar las alas, quedaban los cuerpos luminosos igual que lámparas voladoras. Mario se dio cuenta de que estaba frente a una Cueva-Madre, que era el refugio de todos los pequeños animalitos de ese mundo. Allí había amor y protección. Y Mario entró. Adentro todo era como de terciopelo, y la música era más suave, como para dormir... Se acomodó en un rinconcito, y en seguida sintió el calor que le iba subiendo por los pies. La Cueva-Madre lo acunaba y le cantaba con una voz llena de cariño... Mario se adormeció y soñó con su casa, con el pueblo.

Y cuando se despertó, ya había una luz en la puerta. Era otra vez el día, porque los Vientos Multicolores ya habían barrido al Viento Negro, y todo empezaba otra vez. Mario salió de la Cueva-Madre, bostezó y se quedó un rato esperando ver a sus amigas, las Flores Amarillas. Caminó hasta encontrar una, y la Flor le dio buenos días.

-Quiero volver a mi mundo –dijo Mario muy serio, porque estaba completamente decidido.

-Primero el desayuno, y después te llevarán –le dijo la Flor mientras arreglaba los pétalos.

En seguida llovió un poco de miel muy cerca de Mario, y él desayunó. Después vio que bajaba la Pompa Voladora y lo recogía silenciosamente. Mario entró en ella sin perder un segundo más. Pensaba: “Ya miré demasiado. Ahora me alcanza para muchas siestas. A lo mejor vuelvo, pero no sé. Ahora la Pompa despega y me lleva a casa.” La Pompa levantó vuelo suavemente, y a través del cristal Mario vio cómo lo saludaban sonrientes todas las Flores Amarillas con sus corolas-cabezas levantadas. Las Plantas Musicales tocaron una marcha y los Grillos Cantores entonaron alegremente una canción de adiós. Mario iba muy serio adentro de la Pompa Celeste. La música ya casi no se oía. Todavía se asustó un poco al pasar por encima del remolino de los fantásticos Girontes. Y lo último que vio fue esa fila blanca que formaban las inmensas Miraguas con sus ojos de espejo. Después, los Vientos Multicolores empujaron la Pompa hasta el mundo de Mario.

Mario casi llora de alegría cuando vio otra vez la torre de la iglesia y los techos de las casas del pueblo. Después estuvo arriba de la plaza, y la Pompa se abrió justo cuando una hamaca vacía iba hamacándose para arriba. Mario cayó encima de la hamaca, y cuando llegó al suelo la paró arrastrando los pies. Estaba como mareado. Miró alrededor y solamente estaba el viejito relojero, todavía cantando.

-Relojero, ¿qué hora es? –preguntó Mario.

-Las dos y media –dijo el viejito. Y Mario no preguntó más nada. “Por suerte, todavía no terminó la hora de la siesta” –pensó. Pasaron unas nubes por delante del sol. “Y tengo mucho tiempo para volver a mi casa” –siguió pensando.



Corrió hasta su casa, y allí todos estaban durmiendo. Así que pudo entrar a la pieza y nadie se enteró de que se había escapado.

Y Mario se acordó toda la vida de esa siesta donde había conocido el mundo raro de los Girontes y de las Miraguas.

Dora Battistón: “La siesta mágica”, en *Antología de cuentos para niños*, La Pampa, Dirección Provincial de Cultura, (1974).



### **Dora Battiston**

Nació en La Pampa, vivió en Buenos Aires parte de la niñez y juventud, estudió en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y volvió a su provincia. Reside en Santa Rosa, enseña Literatura Latina Clásica en la Universidad Nacional de La Pampa y ha publicado numerosos textos académicos. Escribe lírica y narrativa. Es autora del relato “Historia con esplendor y ocaso”, traducido al inglés y comentado en el Volumen I de *Pliegos de traducción* (2011), y de tres libros de poemas, *Entre el viento y el humo de la vida* (1982), *Imágenes* (1987) y *Relativa sombra* (2018).